Murmurar cuesta poco;
¿Pero hacer? Eso sí, como la mona.

FABULA XXII.

Cintia viendose en el espejo, y su criada.

Muy divertida Cintia
Sus gracias contemplaba
Mirándose al espejo
Una cierta mañana.
Mas ¡ay! que de repente
Da un grito, se desmaya,
Porque en su bello rostro
Los colores estraña.
¡Ay Aminta! ¿qué es esto?
Dice á su buena criada:
¿Qué es lo que me sucede?
Los colores me faltan.
No se asuste, señora,
Responde la bellaca:
Si hoy está mas hermosa
De cuando nace la alba.—
Te equivocas, Aminta,
Pálida está mi cara.—
Señora, es aprension,
Está usted colorada.
Sin duda que la rosa,
La púrpura y la grana,
Hoy junto á sus mejillas
Me parecieran blancas.
Sí, señorita, en mí,
En mí ha estado la falta,
Que lavé mal la luna
Y está muy empañada.
Pero usted está tan linda

Tan arrogante y sana,
Que si hombre fuera yo
Ahora la enamorara.
Bien hayas tú, responde
Cintia, y tierna la abraza:
Buen susto me has quitado,
Se conoce que me amas.

Así ni mas ni menos
Al vanidoso engaña
El vil adulador
Que sus faltas solapa.

FABULA XXIII.

El novillo y el toro viejo.

Hicieron unas fiestas en un pueblo,
En las que no faltaron sus toritos,
Porque lidiar los hombres con los brutos
En la mejor funcion es muy preciso.
Pasadas ya las fiestas, se juntaron
En el corral de Anton, un buen novillo
Y un toro de seis años, que mil veces
Al arado de su amo habia servido.
A los dos los torearon en las fiestas,
Y por esta razon fueron amigos.
Conociéronse luego, y con espanto
El novillo al buey viejo así le dijo:
Escucha camarada: ¿por qué causa
Cuando los dos jugamos en un circo,
Yo salí agujereado como criba
Y tú sacaste tu pellejo limpio?
Entonces el buey grave le responde:
Porque ya yo soy viejo, buen amigo,

Conozco la garrocha, me ha picado;
Y así al que veo con ella nunca embisto,
Por el contrario, tú sin esperiencia,
Como toro novel y presumido,
Sin conocer el daño que te amaga
Te arrojas á cualquiera precipicio,
Y por esta razon como un arnero
Sacaste tu pellejo, y yo el mio limpio.
Pues te agradezco mucho, amado hermano,
Dijo el torete tu oportuno aviso.
Desde hoy ser ya mas cauto te prometo,
Pues por lo que me dices he entendido,
Que es gran ventaja conocer los riesgos,
Y saberse escusar de los peligros.

FABULA XXIV.

El mono y su amo.

Vió matar pollos un dia
Un mono á la cocinera,
Y dijo: ¡Brava friolera!
Esto cualquiera lo haria.
A matar yo me dedico
Para grangearla con eso.
Dijo, y le torció el pezcuezo,
¿A quién? al pobre perico.
Sábelo el amo, y al punto
De cólera electrizado,
Tal vuelta al mono le ha dado
Que lo dejó por difunto.
Lástima á todos causó
Del mono la suerte impía;
¿Pero quién lo meteria
A hacer lo que no entendió?

Que erró el mono no disputo,
Y ha de errar siempre, á saber,
Todo el que se meta á hacer
Lo que no es de su instituto.

FABULA XXV.

La paloma, el cuervo y el cazador.

Se hizo amiga de un cuervo una paloma,
Y dentro pocos dias tan bien graznaba,
Que oyéndola sin verla era preciso
Que todos por cuervito la juzgaran.
Mucho se adelantó; dentro de breve
A robar aprendió, ¡qué linda gracia,
Ya se ve, con tal maestro era forzoso
Que no saliera torpe la oficiala.
Las espigas de trigo de una en una
De cualesquiera milpas agotaba:
Mas tantas hizo de estas, que los dueños
Discurrieron el modo de pillarla.
Ella, que sus ardides no conoce,
Cayó al fin indefensa en una trampa;
Cógela luego el cazador astuto,
Y jura que á la noche ha de cenarla.
La infelice se aflige y se disculpa
Diciéndole que un cuervo la enseñaba
A robar y graznar. Pues no te vale,
Respondió el cazador con gran socarra:
Si con otras palomas anduvieras,
O te estuvieras metidita en casa,
No fueras tan ladrona y atrevida,
Ni te vieras al plato destinada;
Pero pues con el cuervo te juntaste
Y aprendiste tambien sus malas mañas,

Yo te asaré á la noche, y con tu vida
Pagarás las espigas que me faltan,
Que este siempre es el fin del insensato
Que con otro perverso se acompaña.

FABULA XXVI.

El perro en barrio ageno.

Con el rabo entre las piernas
Caminaba un pobre perro,
Sin tener otro delito
Que andar por un barrio ageno.
No salieron sus temores
Vanos, pues en el momento
Que ladró un perro, los otros
Rabiosos le acometieron
Con tal corage, tal ira,
Y con tal feroz empeño,
Como si muchos agravios
El pobre les hubiera hecho.
A un tiempo cobardemente
Los dientes en su pellejo
Clavan todos á porfia,
Sin tener el perro nuestro
Mas consuelo que decir:
Amigos, ¿en qué os ofendo?
¿Qué delito he cometido,
Ni qué daño puedo haceros?
Nada nos haces, bribon,
Nada, le responden ellos.
¿Quieres tener mayor crímen
Que ser aquí forastero?
Y sin mas ni mas seguian
Maltratándolo de nuevo.
En semejante refriega
Hubiera el infeliz muerto,
A no pasar por allí

Un valiente perro viejo,
Cuyo diente acicalado
Les impuso algun respeto,
Y tanto, que abandonaron
Sus sanguinarios intentos
Dejando libre al pobrete.
Quien apenas se halló suelto,
Cuando sin decir agur
Huyó cual mago ligero.
Entonces el perro anciano
Dijo á los otros: Por cierto
Que con tan viles acciones
Deshonrais vuestros abuelos.
De hospitalidad vosotros
Nada sabeis, bien lo veo;
Pero tened entendido
Porque os ha de estar á cuento,
Que siempre se debe usar
Piedad con el estrangero,
Tratándolo con dulzura,
Respeto y comedimiento,
Pues no es crímen no nacer
Todos en un mismo suelo.

FABULA XXVII.

El gallo vano y pelado.

Cacareando y sin plumas salió un gallo
De una cruda refriega,
En que por poco llega
El de su fin amenazado fallo.
Pero habiendo escapado de la muerte,
Entró en una gallera,
Donde contó su historia verdadera
Con cuatro vanidades de esta suerte:
Yo era por cierto gallo muy famoso,
En estremo valiente;
Peleaba diestramente,
Y era de pluma con primor hermoso.
Ni uno hay entre vosotros, camaradas,
Que tenga como yo tal gallardía,
Mi amo por mi cola se moria,
Y por mis plumas lindas y plateadas.
Mi cresta era una rosa,
Mi pecho. . . . . Bueno está, señor Pulido.
Le dijo un gallo habado muy erguido:
¿Pero á qué viene semejante prosa?
Ni niego su riqueza ni la alabo;
Pero su vanidad me causa risa,
Despues que lo han dejado sin camisa,
Rotas las alas y pelado el rabo.
Criar nuevas plumas ya será oportuno,
Y valor que las obras acreditan;
Mas si ambas cosas otra vez le quitan,
No cuente vanidades á ninguno.
Porque el pobre que cuenta que ha tenido,

Y humos de rico ostenta y apetece,
Ser tenido por loco bien merece,
Pues olvida lo que es por lo que ha sido.
Al que se ve en miseria declarada,
Y porque alguna vez se vió dichoso
Se precia de esto vano y orgulloso,
La fábula le está que ni pintada.

FABULA XXVIII.

La mula y el macho de tiro.

Una mula así decia
A un macho estando en su establo:
Mal haya yo, solo el diablo
A esta casa me traeria.
¡Ojalá me muera y no
Me unzan otra vez contigo!
A tí y á mí me maldigo
Y al amo que me compró.
De dia una carga ó de noche
Se llevan á donde quiera.
¡Ojalá así fácil fuera
Para mí estirar el coche!
Del cochero maltratada
Tengo de morir, á fé;
Pero nunca arrastraré
Esta broma tan pesada.
No seas tonta, te aconsejo,
Responde el macho á la mula:
Cállate ahora, y disimula
Por el bien de tu pellejo.
Te parece tan pesado
El coche, porqué hácia atras
Continuamente te vas,

O si no te vas de lado.
Para que esto no suceda
Estirémos juntamente,
Y verás que fácilmente
Toda la máquina rueda.
Hagamos los dos un tiro,
Y te juro que verás
Que es fácil, y estirarás
Sin que te cueste un suspiro.
Lo hizo así la mula, y vió
Cuán fácilmente arrastraba
Lo que antes tanto pesaba,
Y nunca tirar creyó.

Casados hay que al demonio
Como la mula se dan,
Y continuamente están
Maldiciendo el matrimonio.
Si en sus penas y quebranto
Las voluntades unieran,
Carga mas suave tuvieran
Que no les pesara tanto.

FABULA XXIX.

El mono y el cazador.

Un mono cierto dia
Un grande calabazo
Vido, y sin embarazo
Corrió tras él por ver lo que tenia.
Llegó, y en el momento
Que lo observó curioso,
Lo oyó sonar, y ansioso
Le introdujo la mano con gran tiento.
De pan duro un pedazo
Encontró luego luego,
Y de codicia ciego
La garra le echa, reventando en gozo.
Pero todo su gusto
En azar convertido
Advirtió, cuando vido
Salir del monte un cazador. ¡Qué susto!
Huir quiere; pero en vano
El pobre lo intentaba,
Porque el pan no soltaba
Y así se entrega por su misma mano.
El cazador muy fresco
Afianza al necio mono,
Y este en un triste tono
Le dijo: Haces muy bien, me lo merezco.

Aunque no tan sereno,
¿No dirá igual vocablo
El que es presa del diablo
Solo por no querer soltar lo ageno?

FABULA XXX.

El martillo y el yunque

¿Por qué yo he de sufrir constantemente
Los golpes que me das sin miramiento,
Cuando nacimos hijos de una madre,
Y á tí y á mí de un fierro nos hicieron?
Así el yunque al martillo se quejaba;
Pero este le responde con talento:
Ni tú debes quejarte de tu suerte,
Ni yo debo jactarme de mi empleo.
De una materia somos, es muy claro,
Y ambos á dos hechura de un herrero:
Sabe mas que nosotros sin disputa
Y respetar debemos sus aciertos.
Tú para mazo fueras muy pesado,
Yo para yunque fuera muy pequeño;
Y él, á mas de otras causas que yo ignoro,
Nos ha dado la forma que tenemos,
Para que le sirvamos igualmente
En los destinos que ocupar podemos.
Así es, y convencido me ha dejado,
Hermano, tu discurso. No me quejo
Ni me quejaré mas de mi destino,
Antes lo serviré siempre contento,
Pues soy útil en él, y como dices,
Ambos somos hechura de un herrero.

¡Oh qué yunque tan dócil! ¡qué martillo
Tan justo en sus palabras y discreto!
Yo os elogiara mas si contemplara
Que los hombres siguieran vuestro ejemplo,
Conformándose todos con su suerte
Y adorando del cielo los decretos.

FABULA XXXI.

La hormiga y el elefante.

Que á un elefante fuerte
Un bravo leon matase,
O algun tigre feroz despedazase,
Fácil es si se advierte;
Mas que se diera traza
De privar de la vida á tal bestiaza
Una débil hormiga,
Esto no se ha de creer aunque se diga;
Parecerá quimera,
Pero ello es que paso de esta manera:
No sé si de pensado ó de accidente,
Un elefante un dia
A una infeliz hormiga pisaria,
Ello la lastimó muy gravemente;
La pobre se quejaba,
Y el elefante entonces la insultaba
Con picantes razones,
Diciéndola denuestos á millones;
Y fuése al fin dejando
A la infeliz hormiga renegando,
Y ofreciendo colérica y sangrienta
Vengarse de la bestia corpulenta,
La que solo reia
De cuanto el insectillo le decia;
Pero éste adolorido,
Lo siguió con paciencia,
Hasta que á su presencia
El elefante se acostó rendido
De un sueño tan profundo,

Cual si no hubiera hormigas en el mundo.
La trompa sin recelo
La desarruga, tiende por el suelo,
Y duerme alegremente.
Entonces la hormiguilla sutilmente
Por la nariz nerviosa
Corriendo se introduce,
Hasta do la conduce
Su venganza cruel, y allí furiosa
Con su débil tenaza
Muerde, le aguija, hiere y despedaza
La ternilla sensible
De aquel monte animado tan temible,
Quien al sentirse herido,
Despierta, da un bramido,
Se levanta, desplega
La trompa y la refriega
Por do quiera que andaba.
Entre tanto, la hormiga no cesaba
De su intento primero,
De hacerle en la nariz un agujero.
Toda su fuerza aplica
Con un teson constante
Contra el pobre elefante,
A quien hiere, maltrata y mortifica
Con ahinco tan cruel y desusado,
Que ya desesperado
El elefante triste,
A trompazos los árboles embiste,
Dándose golpes tales,
Que en breve tiempo se hizo dos canales,
Por donde le salia
En arroyos la sangre; ni podia
Mas golpes sacudirse
El infeliz herido,
Y ya desfallecido
Hubo al fin á la muerte de rendirse.
Exangüe cayó al suelo.

Entonces la hormiguilla sin recelo
Salió de la nariz ensangrentada,
Y viéndose vengada,
Le decia: A ninguno
Debemos agraviar de modo alguno,
Y á los hombres en tí yo bien enseño,
Que ningun enemigo es tan pequeño
Como una hormiga coja,
Para tomar venganza si se enoja.

FABULA XXXII.

Heraclito, Democrito y Minos.

Ante Minos llevaron
De Pluton los ministros
A Heráclito lloron,
Y á Demócrito, vivo,
Jóven, alegre, chato,
Socarron y festivo.
Luego que el juez los tuvo
En su presencia listos,
Con un semblante grave
Estos cargos le hizo:
Oyes tú, mozo alegre,
¿Por qué siempre has reido
Del mísero mortal
Las faltas y estravíos?
Demócrito turbado,
Se disculpó y le dijo:
¡O señor! yo á los hombres
Por locos he tenido,
Y como un loco siempre
Es de la risa digno,
Reí sin temor ninguno

Sus faltas y delirios.
Minos dijo: Está bien.
Y al viejo convertido
Le dice: Y tú ¿por qué
Traes humedecidos
De lágrimas los ojos,
Y aun ecshalas suspiros?
Heráclito responde:
Señor: hermanos mios
Son los hombres, y así
Lloro sus estravíos,
Sus desventuras siento,
Lamento sus peligros.
Remediarlos quisiera,
Pero no está en mi arbitrio;
Y así solo desahogo
Mi pena con sentirlos;
Pues contemplo en cada hombre
Un semejante mio.
Tú eres un sabio, dice
El justiciero Minos:
Y tú, Demócrito, eres
Un loco de capricho.
De filósofo el nombre
Que siempre has pretendido,
Que no logres decreto
Por tu genio maldito;
Y Heráclito lo goce
Por uno y muchos siglos,
Porque es digno de elogio
Y de honor distinguido,
El hombre que se duele
Con pecho compasivo
Del mal de sus hermanos,
Que ama como á sí mismo;
Y es digno de desprecio
El truan, faceto, impío,
Que en las faltas agenas,

En agenos delitos,
En los trabajos de otros
Y en estraños martirios,
Encuentra de su risa
El plato mas indigno.

FABULA XXXIII.

El coyote y su hijo.

Con mucha formalidad
Decia un coyote (*) á su hijo:
No aprendas á robar: mira
Que es muy insolente vicio;
Jamas robes las mazorcas
De la amilpa del vecino,
Ni sus gallinas atrapes,
Ni te engullas sus pollitos,
Y en fin, no hagas nunca mal,
A nadie infieras perjuicio:
Haz con todos lo que quieras
Que todos hagan contigo,
Porque solo de este modo
Vive un coyote bien quisto.
Así lo haré, señor padre,
Respondió el coyotito.
El tal padre satisfecho
De sus consejos prolijos,
Se fué: ¿á donde? á un gallinero,
Y no dejó animal vivo.
Al amanecer volvió

(*) Ignoro si este animal es la zorra de la Europa, ó es solamente propio de estos climas. Él se parece mucho al perro, y es dañoso no solo á las gallinas, sino á las sementeras de maiz; lo que no he leído de la zorra europea.

Lamiéndose los hocicos;
Mas no tuvo la fortuna
De que su gallinicidio
Quedase tan encubierto
Que no lo supiera su hijo;
Porque éste se fué á una vista
Espiándolo muy pasito,
Y lo vido consumar
El sangriento sacrificio,
En virtud de cuyo ejemplo
El hizo á otro dia lo mismo.
Lo supo el coyote viejo
Y de este modo le dijo:
¿Pícaro, no te he mandado
Que á nadie hagas perjuicio?
Sí, señor padre, es verdad,
Contestó el coyotito:
Usted me dice muy bien;
Mas como ayer he visto
Que se sopló seis gallinas,
Me comí yo seis pollitos,
Creyendo, señor, sin duda
Que no era mucho delito,
Que cuando come las madres
Almorzara yo los hijos.
Nada respondió el coyote
Hipócrita, fementido,
Pues conoció que el consejo
Sin el ejemplo es muy frio,
Y que para que aproveche
El mas saludable aviso,
Por los ojos debe entrar
Antes que por el oido.

FABULA XXXIV.

Los dos lobos amigos.

Erase un lobo anciano
Amigo de otro lobo un poco enano,
Sin el que no se hallaba,
Porque antes que quererlo lo adoraba.
Siempre juntos se veian
A ciertas horas, juntos departian
En sus conversaciones,
Jamas sus opiniones
Se hallaron encontradas,
Amigos se decian y camaradas,
Y en fin, tanto se amaron,
Que su amistad los lobos envidiaron.
Pero cierto accidente
Esta amistad turbó muy brevemente,
Pues una calentura
Puso al lobo chaparro en la apretura
De no salir dos dias
A hacer sus averías
Por ranchos, por rediles y por prados,
A sombra de pastores descuidados.
Mas ya convaleciente
Salió á hacer esperiencia de su diente,
Cuando con alegría
Vió al lobo viejo que hácia él venia,
Saltando peñas y pisando abrojos,
Con un carnero. Amigo de mis ojos,
Dice el enfermo: seas bien venido
A socorrer al pobre entelerido.
¡Con qué gusto los dos nos comerémos

Hoy este corderillo que tenemos!—
No tienes que echar ojo al corderillo,
Porque no te ha de dar por el galillo.—
Es que me muero de hambre.—
Importa poco.
Guarda dieta, estás malo, no seas loco.—
¿Qué dieta he de guardar? Dame un pedazo.—
De ninguna manera, tontonazo.
Encargo mi conciencia,
Te ha de dañar, lo sé, tengo esperiencia.—
Mas que me lleve el diablo, buen amigo,
¿Quieres darme un cuartito?—
¿No te digo?
Piensas una quimera.
¡Qué tonto fuera yo si te lo diera!
¿No ves que está chiquito
Y que lo necesito,
Porque tal vez mañana
No hallaré que comer?—
¡Disculpa vana!
¿No eres mi antiguo amigo y compañero?—
Sí, mientras no me trates del carnero;
Pero si has dado en eso, camarada,
Se acabó la amistad y ya no hay nada.
Diciendo esto el maldito,
Se marchó con su tierno corderito,
Dejando al pobre amigo abandonado,
Y espuesto á ser del hambre devorado.
Así como este lobo vil, ratero,
Hay en el mundo amigos engañosos,
Finos hasta no mas y cariñosos
Mientras no se les habla de dinero.

FABULA XXXV.

El viejo y las pulgas.

Tanto acosaban las pulgas
Una noche á un pobre viejo,
Que no le daban lugar
Ni para probar el sueño:
Lleno de rabia el anciano
Hacia alguaciles sus dedos,
Buscando entre las almohadas,
Entre la colcha y su cuerpo
A las pulgas, á los pulgos,
Y á cuantos juzgaba reos
No menos de viejicidio,
Que era para él sacrilegio.
Tuvo, por fin, la fortuna
De azgar junto del pescuezo
Una pulga, que al instante
Muerte la dió sin remedio;
Y como si hiciera entonces
Una cosa de provecho,
Se acostó mas descansado
Pensando dormir sereno:
Cuando á poco llega un pulgo,
Y otro, y otro, y otros ciento,
Cuyos duros aguijones
Le punzaban en estremo.
El es verdad que mataba
Pulgas á cada momento;
Pero las que no morian
No cesaban del empeño
De urgirle con sus lancetas

Por do quiera al pobre viejo.
Cada vez que este mataba
Algun miserable insecto,
Se daba la enhorabuena
Creyendo dormir mas quieto;
Mas en vano, porque al punto
Sentia enemigos nuevos,
Que lo hacian estar en vela,
Y siempre en movimiento;
Hasta que desesperado,
Incómodo, sin sosiego
Y lleno de rabia dijo:
¡Oh diablos de animalejos!
Ocioso es que yo presuma
Lograr un tranquilo sueño,
Pues aunque mil pulgas mate
Vienen otras mil de nuevo.
No hay mas sino conformarse
Con lo que ofreciere el tiempo;
Pues los trabajos al hombre
Siguen cual la sombra al cuerpo,
De suerte que aunque se libre
De uno, diez, cuarenta, ciento,
Quedan á su retaguardia
Lo menos millon y medio.
De este anciano debiera
Tomar consejo
Todo aquel que en sus cuitas
No halla consuelo.

FABULA XXXVI.

El loro en la tertulia.

Por una casualidad
En tertulia se reunieron
Brutos y aves, y comieron
En buena paz y amistad.
Hallóse por convidado
A esta espléndida funcion
Un loro, que á la sazon
De la jaula habia escapado.
Sobre mesa en varios modos
Cada animal conversó;
Pero el loro los cansó
Porque hablaba mas que todos.
En todo dada su voto
Con bastante algarabía:
Decia que todo entendia
Y que por fin era doto.
Ya tocaba la trompeta,
Ya pedia chocolate,
Y con tanto disparate
La tertulia estaba inquieta.
Desatinos garrafales
Producia á cada momento,
Y tenia en un tormento
A los sabios animales.
Sin embargo, admiradores
Tuvo el loro entre los brutos,
Que aplaudian como frutos
De su ciencia sus errores.

Mas así se envanecia,
Y si algun *bravo* escuchaba
Al asno que rebuznaba,
¡Ay qué regalo! decia.
La tertulia se encamorra
Y al punto se deshiciera,
Si por dicha no estuviera
Allí la atrevida zorra.
Conoció el disgusto astuta
Y de serenarlos trata,
Lorito, dame la pata,
Dijo: entremos en disputa.
Pues es tanto tu saber,
¿No me dirás una cosa?
¿De qué es tu muger golosa?
¿Y qué cosa es la muger?
Todo se atrojó el salvage,
Y dijo amiga, en rigor
La muger es *á bavor*,
A estribor, fuego, buen viage.
Al oir tales desatinos
Ya por loco lo juzgaron,
Y aun los que antes lo alabaron
Lo burlaban á cachinos.
No, no es loco este infelice,
Respondió la zorra pronto:
Habla mucho porque es tonto,
Que no sabe lo que dice.
Con mucha serenidá
Lo oyó el loro: no hizo aprecio,
Ya se vé ¿qué de esto al necio
Qué cuidado se le d?á
Mas yo la fábula aplico
Al tonto á quien le comprende,
Que habla de todo y no entiende
Lo que habla, como el perico.

FABULA XXXVII.

El tigre hipocrita y el leopardo.

Yo tengo un corazon muy compasivo,
Me atormenta la suerte de ese pobre:
Ese tigre como yo: Júpiter haga
Que haya alivio y consuelo en sus dolores.
De este hipócrita modo lamentaba
Un tigre avaro y rico los rigores
Que affigian á otro tigre que yacia
Enfermo, pobre y solo dentro el monte.
Algunos animales lo escuchaban;
Entre ellos un leopardo de buen nombre,
Quien al oir á este falso así le dijo:
Sí, tigre, eres piadoso: se conoce,
Muy mucho te lastimas del enfermo:
Su triste situacion no se te esconde:
Compasion manifiestan tus palabras;
Pero despues de todo, ¿lo socorres?
De la carne que tienes cecinada
La mayor parte al año se corrompe,
Y á nadie participas; antes dices:
Perezcan todos como á mí me sobre.
Pues hipócrita vil, si tan cruel eres,
Si te ha cogido la avaricia torpe,
No con labio falaz así profanes
De la tierna piedad el sacro nombre.
Y pues tu corazon no es susceptible
De esta augusta virtud, que ni conoces;
A la vista del mísero enmudece
Y con hipocresías no lo incomodes.
Así en el tigre reprendió el leopardo
A muchos, que teniddo proporciones,
Afectan compasion al desdichado,
Pero crueles al fin no lo socorren.

FABULA XXXVIII.

El mono vano.

Un mono presumido
Que en gran casa se crió,
Para la sierra huyó
De todos sus trapillos prevenido.
Se presentó á los monos
Haciendo cortesías
Con dos mil monerías
Y hablando con ridículos entonos.
A la primera vista
Los monos se aturdieron,
¿Quién será este? dijeron:
¡Júpiter con sus rayos nos asista!
Mas poco á poco el susto
Se les fué disipando,
Se fueron acercando
Y lo reconocieron á su gusto.
¿Qué es esto, compañero?
Un mono le decia,
Y el vano respondia:
Tratarásme otra vez de caballero.
Advierte, desdichado,
Que de la mona gente
Soy yo muy diferente,
Porque soy hábil, rico, y bien plantado.
En medio de este entono
Hizo cierta cabriola:
Se le salió la cola;
Y todos le dijeron: Eres mono.

Eres mono, aturdido,
Y mono como todos;
Aunque por raros modos
Te quisieras disfrazar con el vestido.
Con este desenfado
Lo mismo diria yo
Al rico que creyó
Que no es igual al pobre desdichado (*).
De un padre descendemos:
Mil pasiones sentimos:
Enfermamos, morimos
Todos, y ser iguales no queremos.

(*) Esencialmente todos somos iguales, y por esta razon nadie debería envanecerse sobre los miserables, creyéndose de masa distinta que ellos, ó á lo menos, procediendo como si lo fueran. Las distinciones que dá la nobleza, el talento y todo mérito, son justas; pero tambien accidentales: como se hallan en Pedro pudieran hallarse en Juan. Por tanto, á nadie autorizan para ensoberbecerse olvidando sus principios. Esto es lo que moraliza la fábula.

FABULA XXXIX.

Los consejos de la rata.

Decia una rata á un raton,
Hallándose muy enferma:
Hay en esta linda casa
Mil enemigos que alerta
Contra tu vida estarán
En continua centinela.
Guárdate de todos ellos;
Pero con mas diligencia
Guárdate del gato viejo,
Que siempre en la chimenea
Está tomando calor
Con inaudita flojera.
Tiene uñas y las esconde
Con la malicia mas negra:
Ve mas que un lince, y sus ojos
Los encapota y los cierra:
Está siempre murmurando,
Y tú pensarás que reza.
Ultimamente este vicho
Afecta mucha modestia;
Pero es el mayor bribon
Que en el mundo el sol calienta.
Guárdate de él, hijo mio,
Con demasiada cautela;
Porque cuando menos pienses,
Entonces tu vida acecha,
Y si te pilla en sus uñas
Te aseguro no la cuentas.

Es un hipócrita, al fin,
Y estos viles tienen ciencia
Para dañar cuando halagan,
Para matar cuando besan.
Dijo la rata y murió.

Yo venero su advertencia:
El enemigo es temible,
Y mucho mas si aparenta
La amistad que no conoce
O la virtud que desprecia.

FABULA XL.

El palacio de naipes.

Cansados y prolijos
Pedian á Pascual sus dos hijos
Que unos naipes les diera
Para hacer una casa. De manera
Sus ruegos esforzaron,
Que por fin los naipes alcanzaron.
Luego que los hubieron,
Un gran palacio hicieron
Con inmenso trabajo;
Pero despues de todo, vino abajo
Por un ligero viento,
Que se los destruyó en un momento.
Los niños maldecian
Al aire cuando vian
Destruido por el suelo
El fruto de su afan y su desvelo.
Pero entonces Pascual que los entiende,
Su poca reflecsion así reprende:

Este suceso, ó hijos, os enseña
Que todo el que se empeña
Por mera estravagancia
En trabajar una obra sin sustancia,
Se espone inadvertido
A llorar su trabajo por perdido.
De nada sirve, pues, que la obra esté hecha
Si lánguida ó inútil no aprovecha.

Cuando yo leo mis fábulas despacio,
Temo corran la suerte del palacio.